

D'ANNUNZIO EN COLOMBIA

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

En este año del centenario natalicio del glorioso italiano que llenó un dilatado intermedio de siglo con su nombre, su obra y su vida genialmente proteica, el acontecimiento fue conmemorado en casi todas las páginas jerárquicas del periodismo culto nacional. La misión diplomática italiana con su ilustre jefe el Embajador Augusto Castellani, y la Dirección de los Servicios Culturales a cuyo frente hay una joven personalidad de humanista integrado, siempre atento a estas oportunidades que conjugan, muchas veces mejor que los tratados, el espíritu de los países, en este caso el patrio latino y un latino americano, cunas de D'Annunzio y de Guillermo Valencia, señalaron la fecha con una reunión selectísima, aprestigiada singularmente por una representación directiva de la Academia de la Lengua, y congregada en la sala de honor de la mejor biblioteca colombiana, la "Luis-Angel Arango", abierta en la capital y mantenida sin tazas por el Banco de la República, en una forma que exalta nuestros niveles de país letrado, y vehementemente ejemplar para empresas similares. Allí se escuchó la conferencia presentada por el maestro y pota don Nicolás Bayona Posada, académico de la lengua, de las máximas autoridades catedráticas de Filosofía y Letras y crítico cimero de obras y eventos; conferencia que por razones de la herida salud física del expositor fue oída en la voz de un discípulo y amigo suyo devotísimo, autor de estas líneas. La lectura, precedida de cortas palabras explicativas del trance, fue recibida con visible agrado y aprecio sumo por la forma sobria y densa, vibrante y diserta en que se delineó plenamente la trayectoria dannunziana, sobre un fondo biográfico y bibliográfico que cubrió íntegramente sus etapas y definió los matices todos de sus remanencias axiológicas. Como apenas obvio era, en ese lineamiento primó el poeta sobre las demás facetas del prócer conmemorado, y las valoraciones se ejemplarizaron con versiones poéticas del propio maestro Bayona Posada y de poetas como Eduardo Castillo, Aquilino Villegas, Rafael Vásquez —recientemente desaparecido— como traductores entre los de mayor alcurnia en la asimilación dannunziana.

Por derecho propio y como máximo intérprete hispanoamericano del poeta de *Intermezzo* y de *Poema Paradisiaco* figuró allí Guillermo Valencia. Esta sesión será recordada como uno de los sucesos sobresalientes entre los que se estilan para circunstancias determinadas por motivaciones similares en los anales de la actividad cultural latino-americana.

Para complacer una galana solicitud de mis alumnos de Literatura sobre lo que pudiera llamarse, y de hecho hemos llamado *D'Annunzio en Colombia*, vale muy bien distender un poco más lo enunciado ensayando un paralelo más o menos formal entre dos latinos armoniosos que, no obstante cierto desplazamiento entre la respectiva supervivencia temporaria, nos ofrecen de mar a mar, de ámbito a atmósfera, un sugerente contacto de contraste, por demás atrayente.

Cuando Gabriel D'Annunzio contaba ya su primera década de vida terrenal —nacido en los Abruzzos, en marzo de 1863— venía al mundo Guillermo Valencia, para ser uno de los tres máximos poetas del primer medio siglo XX hispanoamericano: los otros dos los dieron Nicaragua, en Darío, y Perú en José Santos Chocano; Valencia nació un día de octubre de 1873 en la muy noble y muy romántica villa caucana de Popayán, la Bolonia de Colombia.

Si para el adolescente escolar de Prato el ídolo fue el Gran Corso monárquico, un *raptor mundi*, para el colega payanés el semidiós fue —y lo fue por siempre— Bolívar el Libertador, un creador de repúblicas. Si para el virtuoso de la rebeldía y de una insaciable codicia de gloria el sueño político era llegar a sentirse y hacerse sentir algo así como un condotiero renacentista, en cambio para el férvido esteta de clásicos y sociólogos, hombre de “inacabable nostalgia de sabiduría y sed devoradora de belleza”, infatigable lector de filósofos y estadistas, la aspiración suprema era la de alcanzar a verse portavoz de doctrinas y luchas políticas, libre pero ordenadamente democráticas. Y cuando tempranamente llególes la respectiva hora de la acción, mostró el uno energías y soberbias a lo Bonaparte, al paso que el otro, con solo diecisiete años tropicales, ganaba las altas almenas de la elocuencia tribunicia, una tarde de batalla comicial.

El poeta de “Primo Vere” y de “In Memoriam” aparece también a sus diecisiete años y logra hacerse consagrar a los veinte con el *Canto Novo*; el de *Ritos*, por su parte, ciñe manto y corona condales de lírica con este su primer poemario —el único, y “timeo homo unius libri”, sentó el latino— hacia fines de 1898, cuando cumplía sus primeros veinticinco años. Esa edición, príncipe en el tiempo y diamante en su estampa, nos entrega codificado el primer encuentro dannunzio-valenciano, con los tercetos de UN SOGNO.

UN SOGNO

*Era morta, era fredda. La ferita
era a pena visibile, in un fianco:
piccolo varco per sì grande vita!*

*Il lenzuolo pareva asai men bianco
del cadavere. Mai nessuna cosa
vedran gli occhi piú bianca di quel bianco.*

*Fiammeggiava l'estate impetuosa
ai vetri: e insetti che pareano enormi
faean ne l'afa un rombo, senza posa.*

*Ella era fredda. Io le dice: —Ma dormi?—
Con un sorriso stupido e atroce
io ripetea, da presso —Dormi? Dormi?*

*Dormi?— E il pensier che quella rauca voce
non fosse mia, mi strinse di paura.
Ascoltai. Non si udi fiato né voce.*

*Parevano di fiamma quelle mura.
In quell'afa un odor sempre piú forte
saliva, comme in una sepoltura.*

*L'invencibile odore de la morte
mi soffocava. E bene, io soffocai.
Io stesso chiuso avea finestre e porte*

*—Dormi? Dormi?— Ella non ripose mai.
Il lenzuolo pareva di lei men bianco.
Su la terra nessuna cosa mai
vedrán gli occhi piú bianca di quel bianco.*

*Estaba muerta, sin calor. La herida
era visible apenas en el flanco:
estrecha fuga para tanta vida*

*El lienzo funeral no era más blanco
que el cadáver. Jamás humana cosa
verá el ojo, más blanca que aquel blanco.*

*Ardía Primavera impetuosa
los cristales, do cinifes inermes
golpeaban con ala rumorosa.*

*Huyó de ella el calor. Yo dije: —Duermes?
Con un salvaje sonreír violento
más cerca repitile: —Duermes? Duermes?*

*—Duermes?— Y al recordar que aquel
no era el mío, me crispo de pavora
Escuché. Ni un murmullo, ni un acento.*

*Cautivo de la roja arquitectura
se dilataba en el bochorno un fuerte
olor a destapada sepultura.*

*El hálito invisible de la muerte
me estaba sofocando en la cerrada
habitación. A la mujer inerte,*

*—Duermes? le dije. —Duermes? Nada,
nada...*

*El lienzo funeral no era más blanco.
Sobre la tierra de los hombres, nada
verá el ojo, más blanco que aquel blanco.*

No se requiere intervención de perspicacia aguda, ni actúa parcialidad devota para advertir cómo lo que el dionisiaco italiano crea con magia delirante, el apolíneo payanés lo trasmuta magnificado en una como placidez alucinada. Tampoco es menos palmario que la concurrencia de los elementos integradores del poema original, a saber: muerta, muerte, tiempo, sitio, tintes, hálitos, voces, silencios —pasan formal y esencialmente al retablo del colombiano. Y sin embargo, dentro de ese prodigio de transparencia opera, además, un no se sabe qué de misterio superpuesto —ondulación silábica? fonemas? textura rítmica?— para entregar aún más plácidamente idealizado el treno estremecedor, más adelgazado y penetrante la cadencia estertorosa, la lúgubre reiteración interrogante, al ser todo transportado de la dannunziana clave en blanco funéreo sostenido, a un pentagrama armado en el blanco hemol fosforescente por el intérprete colombiano.

Con posterioridad al precedente poema fueron apareciendo el resto de las traducciones valencianas de D'Annunzio, así: *Animal Triste (Qualis artifex pereó, 1901, Bogotá, El Colombiano)*; *Mujeres (1904, Bogotá, Revista Contemporánea)*; *Las Manos (1905, ibidem)*; *Exhortación (1906, Bogotá, Nuevo Tiempo)*; *PANFILA (1908, Bogotá, Trofeos)*; *En la muerte de una obra Maestra (1932, Bogotá, Crónica Literaria)*, realizada por Valencia mucho antes con ocasión y para obsequio de un gran festival nacional en la ciudad nativa. Fuimos testigos presenciales de que la hizo en el término de dos horas escasas sin lugar a retoques ni revisión posteriores; sobre el texto manuscrito de primera intención se le oyó recitarla con la maestría incomparable con que lo hacía para lo propio. La última traducción fue la del canto a Dante Alighieri, que apareció tan solo en "Obra Poética completa (1955 Aguilar, Madrid, Colección Joya).

No obstante toda esa cantidad y en tales calidades de trasplantación poemática italo-castellana, ni se revelan ni hay por qué esperar encontrarlos en la obra propia de Valencia aspectos ni huellas las más leves de directo influjo dannunziano; y menos aun en la concepción que en el desarrollo formal o arquitectónico de los poemas de RITOS. La interpretación trascendía solamente un sentido y un valor de simpatía, tomado este vocablo helénico en su más restricta acepción etimológica; participación con alguien en

función afectiva, pero sin identificación; penetración posible en el interior de una realidad sin menester fundirnos con ella, sin contagiarnos de ella, "y solo desde el punto de vista de su procedencia causal", para decirlo apoyándonos en Scheler. Simpatía, pues, en homenaje espiritual y confraternamente insigne.

El contacto determinante de la labor intérprete-artística radicaba en un común denominador de panteísmo estético frente al fenómeno vital, crítico o emotivo, físico o ideal, real o fantaseado, que es lo que crea el ambiente para la posibilidad de la interpretación, aunque de otro lado lo esencial normativo, la reacción inspiradora de la verdad-belleza no tengan punto de coincidencia, no logren punto de simple contacto siquiera, entre uno y otro: intérprete e interpretado. No hay, por tanto, ni por ello, incongruencia metafísica, menos aún contradicción moral en que el poeta de *San Antonio y el Centauro* llegue a lograr una interpretación traslativa de dominio lírico tan perfecta, por ejemplo de PANFILA, a tal punto, que precisamente ante el poema vertido, poema que en su original es flor maldita de orgía dannunziana, el soberbio y desdeñoso autor original hubo de hacer epistolarmente, de su puño y letra, la máxima consagración galardonante y reconocida, cuando se la mostraron en París, en estos textuales términos: "Con quanto piú orgoglio abbrevie segnato questa traduzione che mio oroginale".

Otro caso suficientemente ilustrativo de las proposiciones anteriores sobre la simpatía lírica lo ofrece *el Crucifijo* de Lamartine, soberbia joya de nuestra poesía de traducción, realizada por el tremebundo incrédulo, pero impecable versificador y cáustico espíritu picaresco Antonio José Restrepo, jacobino criollo de lo más fragoroso en fastos sociales y políticos.

Y va de anécdota. Desde los días en que apareció por primera vez la traducción de PANFILA —y lo fue en *Trofeos*, egregia revista desde donde Víctor Manuel Londoño registraba y difundía momentos estelares de poesía y prosa literaria, en la primera década de este siglo— corre por tertulias y cenáculos una historieta tremenda entre cuyos protagonistas figura el propio traductor del no menos tremendo poema dannunziano. Por esos días, Guillermo Valencia ocupaba una curul parlamentaria de extrema derecha en la arrecida política colombiana. Su denuedo fulgurante, su verbo flagelador, su estampa de águila joven, de pico certero y garras implacables, habíanle creado una aureola de temible gladiador verbal. Cierta adversario salido muy maltrecho de alguno de aquellos torneos en que no pocas veces el vocablo o la frase asumía las especies del plomo o de los puños creyó agarrar la oportunidad venturosa, para soltarle al parlamentario poeta un golpe bajo, en el hecho de que éste acababa de estampar en la citada revista la traducción del nefando y carboniento poema de D'Annunzio en el que éste canta helénicamente

*"a la amada de todos, al risueño
numen que a todo amor tendió la boca
ya en los mórbidos lechos perfumados,
o en las encrucijadas del camino
donde por la pasión arrebatados
acudieron marinos y soldados
inmundos tambaleándose de vino".*

“...Y qué menos íbamos a esperar en punto a desfachatez y a conceptos de moral de parte de un mozallete que acaba de insultar a la sociedad con una repugnante traducción italiana, nada menos que del infame autor de ese libro que tantos estragos ha hecho en la juventud de ambos sexos, “El Triunfo de la Muerte”, apostrofaba a Valencia su energúmeno contrahombre, un veterano espadón de la recién apagada hornaza de la guerra civil, y que —aquí está el almendrón del trance— además de sus visibles arreos marciales se calaba también unos enormes aditamentos frontales cervunos o taurinos que no hubiera podido ocultar ni con el más colosal de los morriones, pues el pobre hacía vida con una concubina de consentimiento universal. Verse Valencia así tan torpe y audazmente acometido, y saltarle al morrillo con pico y garras, todo fue un relámpago fulminatorio:

—Repárese Su Señoría que siempre queda por ahí algo mucho peor que traducir a *Pánfila* y es el tenerla y mostrarla como compañera de vida. —Y ante el amago que el dicho espadón hiciera de sacarse algo de la pretina, el general Uribe Uribe, plantósele al frente, casi rozándolo, para cubrir con su propio cuerpo al joven parlamentario su amigo y compañero hasta las arras.

A propósito de “El Triunfo de la Muerte” los efectos de cuya lectura creyó poder utilizar como carga de trabuco el espadón de marras, muchas fueron las consejas y directes que corrieron sobre que la novela dannunziana, de profusa traducción española en la popularísima edición barcelonesa de Mauci con dedicatoria especial para exportación a Hispanoamérica, como causas inmediatas de suicidios. La cosa empezó en el hecho concreto y probado de que la mañana en que el poeta José Asunción Silva resolvió curarse al fin del mal del siglo, tomándose las píldoras de plomo de un Smith y Wesson, en su mesa de noche había quedado abierto el maldito libro junto a la lámpara de lectura. Pero lo que ni la alta ni la baja plebe alcanzaba a saber era que el atormentado autor de los *Nocturnos* y novelista *De Sobremesa* venía preparando un ancho y denso ensayo sobre el autor de *El Fuego* y *Las Vírgenes de las Rocas*. De entonces en adelante, fámula o polizonte, bardo u “ofelia” que se embarcaban voluntarios en la barca de la Estigia, se les tenía por pupilos trágicos o voluptuosos de Giorgio y de Hippolita, arrastrados al abismo por el pérfido hechizo del triunfo del amor sobre las incomprensiones de la vida. Naturalmente en un centenar de casos, apenas si alguno parecía tener fundamento en la macabra hipótesis y quedaban todos los demás sin el más leve asidero a ella; pero lo que sí quedaba, eso sí, era la constancia ambiente del prestigio novelístico de quien hizo a su genial amaño una versión muy moderna de *Tristán e Isolda*, acoplando partes de una sinfonía verbal y dialogal mirífica hasta dar el acorde imperfecto del final.

Mucha más verdad hay en lo tocante a influencia magistral de estilo en toda una generación, y quizá en más de una, de poetas jóvenes, empezando en coetáneos de Valencia, como los ya citados Londoño, Castillo, Villegas y Angel María Céspedes, Abel Farina, Martínez Mutis, Max Grillo, Umaña Bernal, Rash Isla. Quizá las dos mayores excelencias testimoniales de esa influencia, es un alcance de ya de más de tres décadas

sobre el presente siglo, sean las que ofrecen Rafael Maya y Rafael Vásquez, dos poetas que, no obstante la distancia y escala siderales que guardan entre sí como orfebres líricos, presentan cada uno en su órbita el dannunziano signo advocativo. “*La mujer sobre el ébano*” del primero, por ejemplo, tiene la opulenta nervadura y el aliento de una arquitectura como la mejor de las de “*Elegías Romanas*”. En los poemarios de Vásquez: *Anforas*, *La Torre del Homenaje*, *Lauros* (dentro del cual hay trayecto con el título de *Laudes*), *Ya pasó el sol* (que contiene una Oda en la muerte de Gabriele D’Annunzio) el sello de éste es de alto y hondo relieve. La poesía de Vásquez (muerto hace un mes apenas), pervivirá como la de un poeta de calidad y como la más clamante reminiscencia de la lírica monarquía dannunziana: él mismo lo declaraba en la citada Oda:

¡Cuántos nos nutrimos de tí!

¡Cuántos aún se nutren!

¡Cuántos han de nutrirse aún!

Nosotros, respetuosamente, lo dudamos: D’Annunzio había desaparecido muchos años antes de su tránsito terrestre a la sombra. Su último resplandor, hecho con reflectores narcisistas tres años antes de morir (mayo 1º de 1938) y con pretensiones de “*Libro Secreto*” (1935) constituyó, no canto de cisne: apenas efímero suceso —por haber sido “Vos, Señor, quien fuisteis”— que no alcanzó a cruzar el mar.